

ASCENSIO SAEZ GARCÍA

4

ESQUINAS

POESÍA

ILUSTRACIONES DEL AUTOR



EDITORIAL LEVANTE



La Editorial Levante, fundada por el escritor Andrés Cegarra Salcedo, inicia su segunda etapa de publicaciones con el libro "4 ESQUINAS" del joven poeta Ascensio Sáez García. Carmen Conde presenta al nuevo autor, con su fé rotunda de poeta ilustre.

Con este libro se asoma oficialmente Ascensio Sáez García al mundo complejo y maravilloso de la literatura. Sus páginas son densas. Y desbordadas Cincelador barroco de la metáfora, desprendido Ascensio Sáez de casi toda preocupación técnica más o menos neoclasicista—ventaja o pecado—de los modernos, su obra entra en posesión de una fuerza libre, brío suelto, impulso arrebatado, que agita y conmueve como un viento que llegase a la raíz de las cosas. Otras veces, cuando el clima lo requiere el poema se escarcha en un latido de recia y cotidiana humanidad.

Dice recientemente Enrique Azcoaga: "Canta el auténtico poeta no cuando encuentra una forma particularísima en la que embuchar su estupidez o su vacío, como ocurre en la gran mayoría de los modernos, sino cuando siente nada menos que la necesidad de ser de una manera más plena y vigorosa".

El día que Ascensio Sáez García se decida a romper con toda posible reminiscencia preceptiva que aun pueda alentar en su poesía, un buen sector, grave, medido, geométrico, le gritará su condenación. Pero él habrá alcanzado su mejor y más leal postura.

EDITORIAL LEVANTE

Para don Francisco Barrionuevo,
inteligente y cultivado espíritu.
Afectuosamente.

La Unión
1953.

A. Sáez Gardá

ASCENSIO SAEZ GARCÍA

4

ESQUINAS

POESÍA

ILUSTRACIONES DEL AUTOR



EDITORIAL LEVANTE

ASOCIADO SAEL GARCIA

4

ESQUINAS

POESIA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

ILUSTRACIONES DEL AUTOR



ESTA EDICIÓN CONSTA
DE 300 EJEMPLARES
NUMERADOS.

EJEMPLAR N.º 226

ENTRADA LIBRERIA

**A la memoria de Andrés Cegarra,
que en la tierra no pudo conocer
mis versos.**

EL pasado, la propia historia, tiene su voz profundamente autoritaria; dice; *acuérdate*, y una se vé dentro del día luminoso de aquel tiempo de fe única, de fe brillante como el cielo que la amparaba. No tiene rostro casi, ni siquiera contornos de niebla; solamente voz, la voz más impresionante que yo recuerdo: la voz (¿quién no la recuerda de los que la oyeron?) de Andrés Cegarra Salcedo. Está dicha su voz desde su ámbito, La Unión; y desde su mundo literario, «la Editorial Levante».

Porque Andrés lo pide desde La Unión, y en representación suya en la tierra, María, su hermana y continuadora, yo, la amiga que más quiso al escritor levantino, la que tantos días fué a oírle en su mundo, recuerda. Dios sabe de cuanta melancolía está hecho este recuerdo. Y vuelvo no sólo la cabeza, el corazón, hacia aquellos días de ponientes arrebatados en fuego y digo con esperanza un nombre de poeta joven, el autor de este libro, en el cual creen, y al que aman, María y la memoria de Andrés.

Para mí es bastante que ellos me hayan dictado este nombre; yo no lo conozco; yo no sé cómo es el hombre que lo lleva; yo no he leído suyo más que unos cuantos—muy pocos—poemas. Pero soy creyente; y por fe en tantas cosas creo con mis amigos en Ascensio Sáez, poeta.

La «Editorial Levante», cuando yo empezaba a escribir me prometió editar mi libro primero. Ello no fué porque Andrés se nos ausentó corporalmente antes que mis poemas tuvieran virtud de libro. Ahora, al reanudar aquellas actividades suyas, es un libro de poeta el que va a editar. Entonces evoco mi propia alegría, mi inquieta esperanza, y, saltándome una determinación hasta hoy cumplida de no preceder a nadie en su obra, porque no lo creo necesario en casi ningún caso, corro a contestar, allí, en La Unión, a la voz que grita mi nombre; y tomo la mano joven de Ascensio Sáez, y con él avanzo hacia sus lectores. Es un hombre de mi tierra, es un amigo de mis amigos; es, por fin, el que tuvo fuerza para que los años quebraran su

petrificado oleaje y surgiera, vivida, la voz radiante de mi historia de muchacha con enjambres de sueños en la frente camino de la casa fabulosa de Andrés.

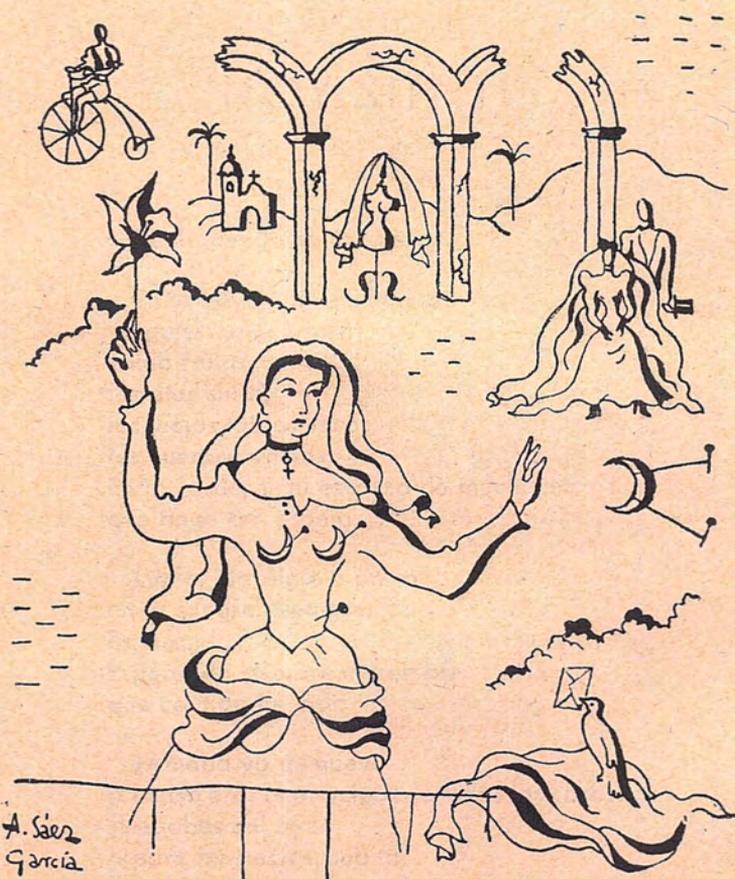
¿Esto es un prólogo? Ya veis que no. Es mucho más, y no llega a ser nada. Es el contestar rápido a la voz conminatoria del pasado; *recuerda*, con un *aquí estoy, con los tuyos, que también son los míos por quererte a ti*.

El primer libro de un autor está transido de futuro; nadie sabe a donde irá la barca que rompe su singladura inicial. Pero la proa lleva un arcángel siempre; la proa se orienta al viaje de donde nunca vuelve el que sabe navegar. He aquí un nuevo navegante cuya estrella fué hallada en la mina trágica de La Unión. Ascensio Sáez, que resucita el empuje editorial de unas criaturas a las que estuve ligada por admiración y amistad, ingresa en las letras actuales con el derecho que dan juventud y vocación. Que yo le acompañe, que le preceda mi nombre, indica que estoy siempre en mi historia levantina.

CARMEN CONDE

1949. Santander.

EL AMOR



A. Sáenz
García

HOY SIN TÍ

TU hallazgo en lo verde.

En la navaja de mi nombre
yo quise que cortaras,
como frutas,
los días sin tí,
los viejos labios secos,
los cuerpos vacíos.
En lo verde, sí, tu escorzo de muchacha
que finge ser espejo.

Labio, ala, siglo o potro
en la sangre. Siempre.
Esperando.
Esperando siempre el hombre
que contigo he sido.

¿Amaba yo de nuevo
o acaso eras el principio de todas las cosas?
¿Llegabas del ayer
o para mí nacías, súbita,
de un fondo de palmera, balsa, verde aceite,
hora delgada y lisa
—dátil—
de septiembre?

Del mar venía la lenta,
tremenda música del agua.
Nos cruzaban las ocho
fugaces, frescas alas de sobra de un molino,

y era tu mano entre mis dedos
un tallo suavísimo
—pez o llama—
de carne, de alma
que en finísimos poros derramara su tacto
en mis yemas,
mis duras yemas de hombre en ruinas.

¿Lo que pudo ser
no fué ¿Acaso no lo sea nunca?
Sólo sé que este grito oprimido,
este oscuro río de años,
este golpe de reloj,
amurallan mi noche. ¡Ni huir siquiera!
Tu recuerdo.
Sólo tu recuerdo.

Te busco en los veranos
de los mismos huertos de palmeras
y el hueco de tu traje,
de tu voz, en lo verde del aire
que duele como el filo de una joya.
Oyendo la lenta,
tremenda música del agua, te nombro.
Ausente de lo que tú no seas.
Vertido en el olor que dejaste.
Fantasma amarillo de tu espacio.
Prisionero del hielo en que te llamo.
Y tú no acudes.

ROMANCILLO DEL MAL DESEO

PORQUE anochecía
pusieron los faunos
luces amarillas.
En los corredores
y en las celosías,
hoguera sin llama,
la noche se abría
dejando un aroma
de torsos y lilas.
(Una luna de agua
—cornucopia fría—
evocaba un agrio
nocturno de harina).
Estancias y calles
araban su risa
falsa de tabaco
y de mandarinas.
La lluvia sembraba
su llanto en la brisa.
¿Quién puso en mis dedos
llamas y sortijas?
¿Quién clavó en mi espalda
su alfiler de niña?
Un prado de venas
crece en mi retina
donde crujen rojos
perfiles de niña,
y una tensa, dura,
angustia de limas
me estira la boca
y en mi piel pajiza
pone su reseco
borbotón de avispas.

¡Sed de veinte siglos
me torna en arcilla!
¿En dónde los pozos
que dan la alegría?
¿Quien traerá a mis labios
la fresca noticia
del ánfora roja
de las aguas vivas?
Si a Dios yo nombrara,
¿Dios acudiría?
En los corredores
y en las celosías
crepitó el aroma
del pan y la risa,
mientras que cien faunos
en mesas y esquinas
derramaban vasos
grandes de ceniza.

.....
Porque amanecía
la brisa apagaba
luces amarillas.
Pasaban los hombres
y el viento traía
en carga de gozos
varas de alegría.
El sol rompe su
cascarón de vida.
En los barandales
de su inmensa ojiva
de vidrios azules
Dios se sonreía.

ANUNCIACION DEL AMOR

TIRAD el lienzo que os cubre los huesos.
Viene el amor.

Su espada de arcángel
desciñe la arena sin forma del júbilo,
cercena, raja las fresquísimas ramas de la sangre.
El amor
exprime el miedo entre sus dedos
como una fría naranja,
y esas almas, las que acechan en la esquina
con el odio en los dientes,
las que cuajan de musgo la carne, los epitafios
y las casas,
se anegan en lo negro
como el perro perdido en los pantanos.
Porque llega el amor con el alba.
Porque llega el amor
liberando la tierra de la angustia y el tedio,
prometiéndolo la nueva arteria de lo puro.
Las gargantas
aprietan su chorro de calientes pájaros,
su infinito chorro de nombres,
y hay un mismo temblor
que traspasa
la cintura del poeta
y la del labriego con su traje de pana.

Viene el amor,
y su bautismo cala la dura piel del cráneo,
y se oye el pulso oculto de las cosas,
de todas las cosas revestidas de la gracia
del amor,
corcel de la alegría,
espejo, mundo, sangre o pez rojo,
arcángel que llega con el alba.

LOS DULCES Y LAS NOVIAS

EL ochocientos tuvo su inquietud de hojaldres
y arropía.

Hoy preguntan los niños:

«¿El ochocientos fué un tío-vivo con cebras?»

Esta es la estampa del ochocientos

Telón azul. La luna más gris que ahora, con su inmensa, terrible mantilla de encaje; sinos de nieve o harina en la palma de la mano, y en los dedos grandes anillos con sus iniciales. Rigodón y Corpus. Barco varado del circo con su écuyere gruesa y asesinada en el jardín de sábanas de su cuarto. «Barbero» a las diez, italiano y goyesco; un quinqué rosa en cada palco, donde crece amarillo—alga de lumbre—el beso de los aristócratas. Niñas de polisón y botas, calcomanía y «Buena Juanita», sobre un fondo de molinos de una Holanda pintada de fotógrafo. Agua verde en los ojos del lorito real—dos espejos para antrujeo de colombinas maquilladas, perseguidas por soldados de una Roma sin Papa—. Luto por Mercedes—vidrio con luna—. Banderitas de España en el cielo de Cuba, con sus trajes de rayadillo y su olor hondo de frutas, de la catedral. Chinos, rosas, inventados pájaros de Manila en la noche de los organillos. Pero llega Herodes—28 de diciembre—dibujando una cenefa de amapolas en el cuello de los niños de Madrid, y en la calle del Turco se muere Prim en la nevada. Duelos en el frío de las auroras con niebla y la roja diana de los gallos apagando los últimos faroles de una calle con charcos, donde cruza el entierro sin nadie de la prostituta.

Sí, pero el ochocientos
es sólo una caja de pasteles de gloria
revestidos de una finísima harina de azúcar,
con su orla de papel rizado por una monja rosada

y un poco gruesa, que comienza sus cartas
con *Viva Jesús*, en tinta violeta.
Una guirnalda de diamelas de percal
se le arrolla en el sitio de los pulsos
donde guardó sus miedos de muchacha.
Las monjas fabrican sus dulces rezando.
De sus huertos les llega un olor de murtas
regadas,
de cal y de aljibe donde se ahogó un niño
de luto.
De sus huertos les llega el rumor de las
moscardas azules
que se paran en el gajo de la uva,
en la llaga de los perros,
en la nuca de un capellán.
En las ideas, en los recuerdos que pasan
como lentas burbujas,
las monjas sustituyen nombres,
y en las esquinas de una calle con lluvia
van poniendo cadáveres de paloma
donde galán de sangre hubo.

Ante la joya de la lumbre de brasas de
incensario
las monjas se desnudan sus brazos redondos.
Entonces cantan los ruiñeños.
Hay un resol de fuego en sus muñecas frías,
más pálidas que las manos.
Hay un lago de amarantos y cisnes en cada
uña.
Brillos de los azulejos, de los cobres.
Almíbares y leche la voz redonda de las monjas.
«Dios te salve, María, llena eres de gracia
—se toman cien gramos de harina de flor—...
Bendito es el fruto de tu vientre
—nueve gotas de limón. ¿Es mundano el olor del
limón?
En los dedos nos deja su frío aceite de niño
amarillo—...
Ruega por nosotros
—se baten las yemas de nuestras gallinas—...
Amén.

Un dulce del ochocientos
siempre evoca la blanquísima rosa de almidones
de las tocas monjiles,
aun en la boca de la recién casada,
con su íntimo temblor de ojeras y bodeques,
que se lo come mirando los países
apretados en la sangre del novio;
aún en la tristísima gula de las coristas
que enseñan los encajes de sus tibios pantalones
en el ritmo azul Prusia del «can-cán».

Tierna y gloriosa orografía de los dulces del
ochocientos
en las urnas de sus confiterías de lujo
—tarlatana y vidrios,
mosca en la ronda canela del bombón—,
con sus guirnaldas dorados de madera
y su fresco del techo, de célicos desnudos.
Domingo por la tarde entraban los donceles
dando el brazo a sus novias de plata y de sombrilla.
Compraban bandejas de melindres:
cristal de azúcar de las cerezas,
magnolias de merengue,
oros blandos, en láminas, de hojaldres,
peladillas de Alcoy, como una nieve dura...
Por los cristales que dicen «La Yema de Oro,
dulces y confites»
veían pasar los niños pajizos de un hospicio,
con su olor de verdura y sábana,
un entierro—pompa de jabón— de primera,
las queridas de los poetas, en landó,
con sus rubias melenas desatadas
sobre un corpiño de moaré corinto;
repartían monedas y jazmines pequeños.
En el pecho de las novias
se cuajaba un sobresalto de alelíos rojos.
(Los novios bruñían su minuto de tabaco:
«Hablemos de toros y de sangre»).

(Creyeron las novias del ochocientos que el color, el color de un dulce redondo que sostenemos con dos dedos, del pez que ondula en lo verde, de la herida de un caballo, de un vestido con serpientes de

lentejuelas, supone un mandato en los demás sentidos: tacto, olor, oído, lengua, dentro de la flor del prisma. Tonalidad de olor de la rosa granate, carmín, corinto, rosa simplemente; no huele lo mismo un luto negro de hijo que un luto blanco de doncella. ¿No es distinta la voz naranja de la voz violeta? Terciopelos rojos dejan en la piel una elocuente suavidad de Cristos de madera; terciopelos negros rayan la palma de la mano con su frío de sombra. Las yemas—el más conventual de los dulces— aun poseyendo la total integridad de su sabor pajizo, si fueran negras, ¿no perderían su sensación auténtica de yemas? Las yemas, con toda su posesión del amarillo. Las dos sílabas de su nombre son amarillas. Más desvaído y tenue el amarillo en *ye*. Y aun la señora que nos la vendió— recordemos— amarilla a rayas era.

El cromatismo de las cosas es un anillo de alambre que aprisiona al yo. El color conteniendo la norma que gradúa nuestra emoción.

Pero éstos son acaso finos errores de las novias rosas, azules, malvas, del ochocientos).

HABLAN LAS NOVIAS

Las novias rosas

Nuestros dientes
derrumba la muralla del azúcar de Cádiz.
¡Ay el turrón de Cádiz!
¡Qué tornasol de su ámbar
sobre las aguas de nuestra falda rosa!
Calle, convento y arco de mazapán de Cádiz.
Arquitectura de la guinda y el huevo.
Cuando nuestras madres se desatan los zapatos,
cuando el corazón de las bailarinas del puerto
se cubre de alfileres y de diminutos marineros,
buscamos una tijeras de oro
para cortar este ítsmo de cerezas antiguas de
Cádiz.
Miradores de Cádiz
donde los ángeles baten ese huevo
redondo y viejo que es la luna.

Las novias malvas

Las yemas son pequeños mundos amarillos
habitados por hombres felices
que jamás saludan al vecino de enfrente.

Las yemas tienen un fresco latido en su interior
pajizo de astro.

Un domingo se nos acerca el novio
con bandejas de cartón
desbordadas de amarillos,
y las yemas nos crujen en la boca
fundándose en un jugo de llamas de cristal.

Al sol las yemas
se cubren de reflejos de menudísimos diamantes.

Desde su paisaje grana de ruinas
los pobres odian la yemas.

«Las yemas ¿son pequeños mundos amarillos?»
preguntan los pobres.

Y se van mordiendo sol, sólo sol, por su camino
de cipreses como espadas,
bajo un cielo de yemas encendidas.

Las novias azules

A nosotros nos gusta
el tocino de cielo.

Partir su densa, lisa piel rubia,
desbordar su fragancia de carne de luces.

Un helado panal de huevos.

Abril de los dulces, con su génesis color custodia.

¿Quién diluye en el cielo de las cinco
ese amarillo de fresquísima yemas?

¿Quién busca la dura cerámica del mundo,
la leve cerámica de Sevilla, con su orla de amorcillos
esmaltados a fuego?

Las damas,

sólo las damas confiteras—nenúfares de harina—
para verter la dulcísima desnudez
de la pasta de este dulce. Melocotón de la belleza.
Pulpa de luna.

Manjar para la enfermedad sin sábanas del angel.

Evidentemente
el ochocientos
tuvo su inquietud de hojaldres y arropía.

MALCASADA

LAS vecinas me preguntan
por tí.
Yo bordo tu chaleco
y miro las navajas,
las torres y los huesos
amarillos
de todos mis muertos.

Las vecinas me preguntan
por tí.
pero yo sigo cosiendo
tu camisa, tu nombre
y tu pañuelo.
Sin querer cantar, cantando
en medio
de cien velas encendidas
en los espejos.

Ay qué revuelo de blondas,
de moscas y pensamientos.
Ay qué geranio se riza en mi vientre
de luna
amasada con yemas de huevo.
No, no quiero,
que no quiero los lazos negros.

Viuda de tus ojeras
y tus besos,
las vecinas me preguntan por tí,
riéndose
de mi secreto.

FECHA

9 en rojo de junio.

Murada de espigas
te convoco.

Si hoy te beso, un ave azul
se muere aquí, en mi pecho de cristales viejos,
rujiente y seco,
donde hasta ayer picaba la hierba
menuda de mi sangre.

Amarte así, siempre ya.

En el recuerdo, amor, de un 9 en rojo de junio.

Amarte así.

El calendario
sólo es un nicho de recuerdos.

9 en rojo de junio.

Oro duro de las dos de la tarde,
oro duro de las tres de la tarde.

Cigarra y rueda amarilla de los trigos.

Entre tus dedos resbalaban

las agujas de los *noes*, luces, un río,
un río infinito como el brazo de una madre.

Entre tus dedos, sí,

la arquitectura rosa de mis labios,
dos arcos rotos, dos caballos de sangre.

Pero el calendario
sólo es un nicho de recuerdos.

Pudiendo ser entonces
hoy somos lluvia sobre agua, espejo, forma,
unos pequeños alfileres que pinchan el recuerdo
—mariposa muerta—
de una tarde de Corpus.

.....

Donde quiera que estés
hoy te cito a esta angustia como un limón verde,
a este antiguo mar cuarteado
en que mis huesos taladran
lo amarillo de las dos de la tarde,
lo amarillo de las tres de la tarde,
sabiendo que el calendario sólo es un nicho de
recuerdos.

9 en rojo de junio.
Hoy nadie—nadie—sabr  de mí.
Estar  metido en el recuerdo,
derramado como un vino encendido de labios en
huída.

No, que no me busque nadie
en el oro de las dos de la tarde,
en el oro de las tres de la tarde.
Porque nadie sabr  de mí,
escondido en el hueso de fruta de un día que
ya no es:
 qu n va a saberme dentro de tu aniversario!

AMOR 1933

SE llamaba Aurea.
Veintiseis años.

Su cuerpo
era un fino árbol
de cobre y fuego.

Fué la novia de un pintor
físico, de un torero
y de un poeta
que le leía sus versos
del último «ismo»
calenturiento.

Safo de nuca afeitada
también escribió su verso
que nadie leyó.

Cine y cock-tail. Sombrero
beig. Falda muy estrecha
de cuadros. Y un tedio
en el alma. Y en la carne
un dolor de besos
rotos.

Se murió el amor
una tarde de enero,
mientras se oía
como metida en un viejo
algodón, la voz de Celia,
de azul y negro,
rosa de azogue
en medio
de un chotis
delicioso y canallesco.

Sí, se murió
una tarde de enero,
sobre un fondo vinagre
de espejos.

"DOÑA PURITA"

«...para lo que ellos quisieran, por ser libres como extranjeros, yo soy decente, y para esposa, yo soy, según dicen, demasiado libre y ellos demasiado de Oleza.»

GABRIEL MIRO—«*El Obispo leproso*».

«YO tengo ganas de casarme»,
dijo en una tertulia de mujeres de cera de iglesia,
de solteras con los pechos de yeso.
Por el cielo de Oleza
pasaban arcángeles de diecinueve años, de retablo
barroco,
a caballo.
Por el duro cielo cobalto,
por el cielo de Oleza,
por el cielo de las tres de la tarde de Oleza
pasaban ingenieros ingleses, con chaquetas escocesas,
lilas,
gruesos fabricantes de chocolate,
un barco con marineros rubios tocando acordeones.
Una baraja de esposos en sus sueños.
¿Qué marido de lirios morados?
¿Qué habano encendido por su boca?
¿Qué vaso de sangre con varas de azahar?
¿Qué tijeras cortando moaré?
En esos mismos sueños de mujer hermosa
atrasaba sus nupcias. La delicia de su soltería:
Blondas, violetas de las ojeras. Mas llegaba a vieja
—pasita de ámbar, brasero y gato—
sin pasar por la boda.
«Yo tengo ganas de casarme».
Un brazo velludo le señalaba el cielo de Oleza:
ya no era más que un blando prado de ojos,
ojos sueltos, con hilillos carmín:

los ojos de los niños vivos de la ciudad,
los ojos de los niños muertos de la ciudad,
con sus leves esqueletos de pájaro.

En cada dedo

fué sintiendo un dolor de arena restregada,
de hacer vestidos rosas con cenefas de llanto
para niñas, las hijas de las otras, las que dicen:
«Pues sí, mi marido...» con su voz de bombón muy barato.

Un dolor de morder pedacitos de hielo,
de clavar alfileres a una novia de cartón.

Su larga doncellez le trajo
el puñal finísimo del *doña*.

No se casó.

No se casó nunca.

Pero poseyó un bellísimo destino
de abeja.

Pasó derramando el incendio frutal de su carne,
dejando en todas las cosas

una fragancia de rosas mordidas

por sus pequeños dientes de Pomona de Rubens

en su jardín de provincia de Alicante;

poniendo en cada hombre

una tira de su encaje de soltera,

una gota de pulpa de melocotón,

una carcajada tenue.

Un poco de amargura también.

No, no se casó.

Con su medalla de Hija de María,

con su abanico granate can paisaje de Italia,

deshojó, margarita de tiempo, novena y procesión,

sintiendo en su cintura—heliotropo y ballenas

el rojo, candentísimo deseo del hombre de Oleza.

El hombre de Oleza pecando—siempre, Señor—

un poco por Purita.

Jipijapa y corazón

devorados por un fuego desnudo, sin llama.

En el bolsillo, impecable, un pañuelo

malva, limón, ay, ¡bordado por la esposa!

BLANCO

AY tu casa.

**Tu casa en una furtiva
arquitectura de blancos.**

**Pozo, alcoba y comedor
con su bodegón de fruta
partida en lo blanco.**

**Ay tu casa prisionera
de una locura de blancos.**

**(En levante, a mediodía,
todo es blanco).**

**Bajo los arcos de cal
se doblan las rosas blancas
en los vasos blancos.**

**¡Qué cenefa de inquietudes
vas poniendo, amor, en tu
pañuelo blanco!**

**Latidos de savia blanca
hinchan la carne de los
jazmines blancos.**

**(En levante, a mediodía,
todo es blanco).**

**Ay tu casa,
de blanco.**

**¡Tu casa bajo las luces
blancas donde yo te sueño
blanca en lo blanco!**

AMOR 1840

CUENTO INCOMPLETO

LA tormenta llamaba a los cristales con sus dedos
de lluvia.

La tormenta abre un ramo de serpientes en la noche,
un sistema nervioso de hogueras moradas, rosas,
y la noche se agrieta como una antigua cerámica.

«¡ANDREA!» Cien bocas de otro siglo la nombraron.
Sonrió entre dos candelabros: soltaba los tallos de su
melena.

Esperó. (La frente en el cristal con infantiles ríos).

Dentro de una copa saltaba un corazón, una pequeña
rana carmín,

pero el vino era tan rojo que todos lo confundieron con
una guinda.

«¡ANDREA!» otra vez.

¿El destino?

Las arañas mentían constelaciones en el cielo de hielo
de las cornucopias.

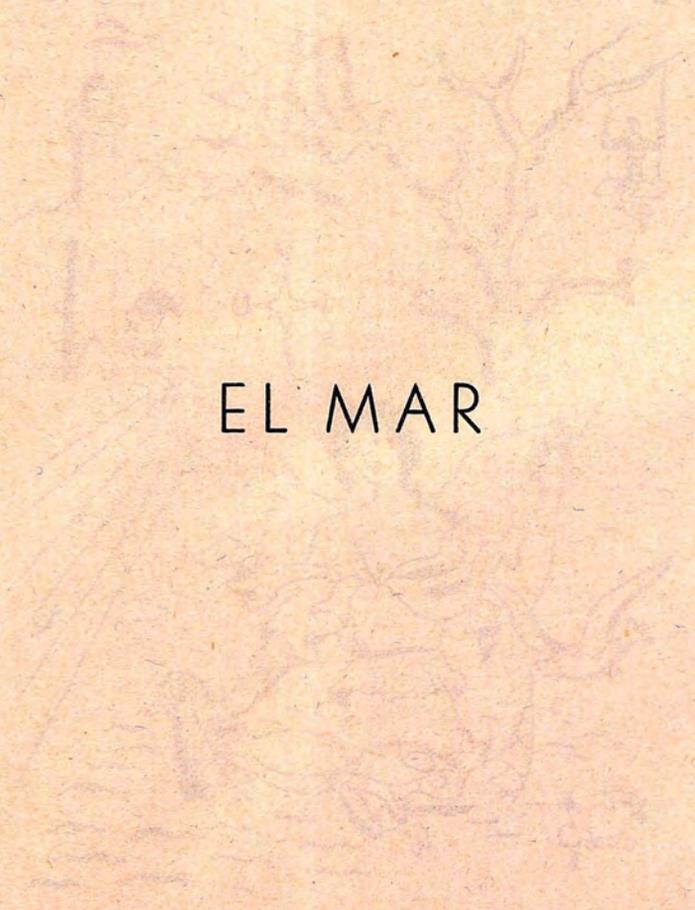
Cuando acabó el vals
el piano semejó un barco negro que se iba a la China).

Las marquesas decían ay
mirando un abanico con acuarela de jardín.
Una abeja se les paraba en la espalda desnuda,
un vasto, blando campo rosa,
buscándoles el poro más abierto.

Detrás de los cristales, los carlistas degollaban
a los caballos,
los carlistas degollaban las once de la noche
y tapaban los ojos de las estatuas barnizadas de lluvia.

La lluvia oculta un mal deseo detrás de sus agujas.
Mientras las viejas aldeanas bordaban los zapotos de
los muertos,
mientras las boinas de los carlistas
ponían en los rosales pupilas escarlatas de buho,
cien voces de otro siglo tornaron a nombrarla: ANDREA.
Su propio nombre en los oídos le crecía
como una inmensa columna de un templo o un niño.
Un ritmo oculto le aceleraba el pulso de ave
oyéndose nombrar,
oyendo aquella voz hecha de cien voces de otro siglo:
Las palabras tienen un latido de creación
en la boca mojada del amante.

Cuando nevó sobre las boinas rojas,
cuando las copas derramaron su sangre de faisán
sobre una alfombra de paisajes franceses,
cuando las doncellas de la ciudad plantaban
simiente de yedra
en las patillas de los guerreros vascos,
se casó.
Desvelo en los miradores con pintura y torso azul
de novia.
Bajo la blanca pantera de la luna,
brazos de viento le acogieron sus telas desprendidas,
flotándolas, cadáveres de su pasado.
Un día cien puentes de voces nuevas,
voces de su misma voz de señorita provinciana
se tenderán hacia Andrea.
«Yo me casé con Werther», dirá Andrea.

The background of the page features faint, light-colored pencil sketches. These sketches appear to be a landscape or architectural drawing, showing outlines of trees, a building, and possibly a path or fence. The lines are very light and delicate, blending into the textured, aged paper. The overall tone is warm and artistic.

EL MAR



EL MAR

OH, mar,
todo termina debajo de tus vidrios:
la mueca y el bostezo, esas oes de paño rosa;
la tos de las oficinas en forma de ataud,
con miopes;
la sonrisa de las falsas dentaduras,
las manos cerradas,
las verdes madrugadas de sábana y de bombilla,
con una fiebre de palomas degolladas en un plato
de porcelana azul.
Aquí no está la respiración
de la vendedora que mata los pájaros a golpes,
ni el ojo colorado de la úlcera,
galgo tibio, nauseabundo, que corroe las durísimas
piernas de la adolescente;
ni el tedio de las reboticas con sus escupideras
rosas
y su tira de papel cazamoscas, como un ahorcado.
No, no, aquí no está el olor de uñas
de filo de hortalizas de los pobres.
Debajo de tus vidrios, sí, se acaban los domingos
con gente
que te llena de periódicos y mondaduras de manzana
como viejos cadáveres de niña.

Aquí está el mar.
La llamada de lo puro.
Aquí está el mar.
Su alegría, su furia de voces.
(Cada gota de mar tiene su corazón de voz dentro).
Si una tarde baja al mar el toro de la tormenta,
el mar desata sus sonidos.

Entonces Dios multiplica su rostro en los miles de
espejos,
en los millones de espejos que existen debajo de
las olas,
y la vieja voz del mar
suená, suena, suena en los fanales negros de esa
tarde.

El mar. Copa para la sed de nuestra sangre.
Su lisa piel de niño—mantel del mundo—
sostiene un viento

con aves y un avión cargado de naranjas
rumbo a una isla con nieve. (Otra vez los hombres).

El mar. Un verde torso ilimitado.

Pero todo cabe en nuestra alma.

Digámonos—siempre—esta palabra: MAR.

VIDA DE LA CARACOLA

I.—CARACOLA EN EL MAR

TRASLUCIDA,
secreta cueva blanca
cuajada en frescos velos duros.
Urna para la voz del agua
la concha ciprina.
Caracola de la mar,
con su piel mojada de tigre, siena y leche.
Tactos no estrenados.
Cáscara fría y pintada
para el pálpito de la carne de uva
del gasterópodo, el ojo vivo del mar,
que sorprende la risa amarilla del ahogado
con su traje de terciopelo de alga.
Niña petrificada. Caracola
del mar,
de la mar.
Catedral del agua.

II.—HERENCIA DE LA CARACOLA

Verano 1890

AGUA de la mar amarga.
Vendo peces encarnados
y caracolas de nácar.
¡Quién me compra!
Traigo aroma
de corales y guirnaldas
de la feria de la mar
con su carrusel de escarcha
azul para peces-niños.
Ay el mar. La mar amarga
pone en mi boca un pregón

de vidrio negro y de plata
de luna en cuarto menguante,
diminuta y maquillada.
¡Quién me compra!

La tormenta
me va mojando la espalda,
mientras sueño con cien labios,
suelos,
llenos de heridas y dalias,
y ángeles bordan con oro
narcisos en mi mortaja.
¡Ay del caballo del mar
y el Cristo de las estampas,
ay mi cintura morena
y ay mi traje color paja!
La lluvia cuaja en mis dedos
deseos de tela blanca.
Válgame Santa María.
Quiero mortaja de sábanas:
en hilo color tabaco
mis iniciales bordadas.
Lejos de la mar, con hoyos.
Que me entierren en mi caja
de madera, con estrellas
de papel de estaño, y que haya
una mosca que se pare
en mis labios sin palabras.

.....
Caracola siena y blanca,
cuchillos de luto quiebran
los gajos de tu garganta.
Tarde de abril te segué
de los jardines del agua.
Lleva tu mi voz de sangre
a quien en mi sangre manda:
novia secreta de agosto
con su sombrilla de rayas.
De las tres primas que son
la menor es la más alta:
yedra azul con campanillas
le va naciendo en la espalda.
¡Ay su trenza de alelí

y su jubón escarlata!
¡Ay su desnudo de hogueras
blancas!
Tengo miedo porque dicen
voces de cartón lejanas
que la mar es un lagarto
tendido.

¡La mar amarga
y siempre la mar amargal

III.—TRAGEDIA

VERANO. Tarde lila y naranja.
Hasta hoy
dormía la caracola
en la consola negra y oro.
Fanal de San José con pasionarias
de raso y campanillas
escarlatas.
Retrato—niña y coronel
de cera, pómulo y barba—
de una boda.
Una vara de nardos
se endurece en el agua
de los espejos. Los espejos del ochocientos
son tumbas sin epitafio
para niñas de «gallinita ciega»,
muertas en su ataúd de escarcha
con claveles
de tela y alambre
y cabezas decapitadas
de ángeles bobos
de hojalata.
Esas niñas acaso hoy serían
las madres de nuestros amigos,
con su piel vieja de papel de barba
y sus faldas de espiga y lentejuela,
de comunión con yemas
y abanicos de nácar.

¿Ha habido un presagio
de mariposas disecadas?

¿Qué potro de madera
se desboca en el prado
del ajedrez?

¿Qué grulla pintada
y qué flamenco rosa
se paron en el lago
de la porcelana?

¿Quién clavó el alfiler del augurio
en el alma
de este interior del ochocientos
con el último ritmo de una radio
en los encajes malvas?

Si de la caracola
el alma hablara, ¡tanto nos diría!
Quién quebró su bóveda de nácar,
quién rajó su tallo
canela y nieve.

Pero no, no se sabrá nada.
Vendrá la abuela, de marfil y de rosas
mojadas,
criado y nietas. «¡Mi pobre caracola siena
y su leche

con tus entrañas de mar inexistente
y tu recuerdo de un traje color paja!
Rota en mi alfombra con lagos
y desnudos
de muchacha,
hoy le añades un pétalo de angustia
a la luna de mis sienes
antiguas de desgracias.

Abuela y gato. (Nadie).

La cuchara de un minuto le desgaja
lo redondo del recuerdo.
Por el balcón abierto, llueve.
Y el agua
cae dentro
de su alma.

El galgo del verano muerde
el filo morado de una nube.
Los faroles juegan a ser urnas crueles
de plata

para pájaros embalsamados.
Risa oculta de la flauta
del viento en su mirador
con visillos a cuadros.
Charol de los paraguas,
Como otra tarde ¡tan remota!
—playa y bañadores azules con anclas.
En los hombros
gotas de mar como diminutos granos
de uva
cuyo verde interior deshojara
un rigodón de luces
mínimas de peces esmeraldas.
Huellas de labios
sobre el hielo encendido de la fresa
en la terraza.
Casinos barrocos como templos,
con mazurca — vidrios rosas del talle—
y figurín de Francia.
Hoy abuela. Ayer...
Ayer, sí, llama
desnuda en los ojos. Y en las manos
con miedo
—puñalitos de lluvia, niños de cristal
menudos de las lágrimas—
el legado—caracola del mar, de la mar
amarga—
del amante, *novio secreto de agosto*
metido en su mortaja.
Hielo verde de la mar
por sábanas.
Marinero-arcángel de todas las albas.
Debajo de las islas—de los sueños—
para siempre
ipescador de caracolas y esperanzas!

HABIA UN CAMINO

MAR DE 1921

HABIA un camino
de luces exprimidas.
Iba de mi casa al mar.
Yo tenía
mis ojos de viejo marinero
llenos de islas,
de humo
y de diminutas bailarinas.
Había un camino
de luces exprimidas,
y me gustaba pasar
despacio entre las viñas
mojadas
de sus orillas,
por donde bajaba al mar
con su triste sombrilla,
pintora de crepúsculos
y margaritas,
la hija de aquel capitán
que se ahogó en Almería
una noche
de escarcha amarilla
mirando las grietas de la luna,
pandereta fría,
redonda como los ojos
grandes de su querida.
El calendario desnudaba
sus domingos de niñas ciclistas
—en los radios
mariposas pajizas
y un provinciano Liliput

de comerciantes equilibristas—
Bañadores a rayas
y pañuelos de la Guerra de Melilla.
Palacio de arena
con glorieta de chapinas
donde un Alfonso XIII
de ola y fantasía
contemplaba las rojas carcajadas
de azúcar de la sandía.

Sí, había un camino
de luces exprimidas
que iba al mar
verde
de la alegría.

NUBE DE VERANO

LLUEVE

El agua
repica en la tierra
agrietada.
¡Qué sorpresa de la lluvia
sin paraguas!
En los escaparates rosas,
con la luna mojada,
se abren abanicos
de papel de plata.
El mar es ya sólo un niño gris.
El agua
desnuda la verbena
de la Plaza de España:
¡ay qué esqueleto de alambres
de guitarra!
El perro de un barbero
ladra
y el barquillero
se va a la Habana
en un barco de anís
y de plata,
Luego saldrá un sol
de color naranja,
y la gente dirá:
«¡Qué lástima!»

MOISES

A ORILLAS DEL MAR ROJO DESPUES DEL MILAGRO

Coro de hebreos

LOADO sea el mar.

Moisés

La llegada del poniente nos llena la espalda de cerezas. Mi gozo es de lumbré: me golpea el corazón con su ala finísima de grulla, mientras nuestras sombras libres, moradas, se estiran en las aguas. El mar huele a sangre parada: el mar va doblando como un paño de lino la firmeza del cuchillo de las guerras. ¡Qué ramo de coral, cual haz de venas, para su filo hermano ya del alga, del origen de vidrio de la ola, de los ojos con grietas de los naufragos!

Coro de hebreos

Una guirnalda de peces escarlatas coronando los muertos hinchados, con sus gordas gargantas de agua y el pulso que se abre, desgajado, en granadas menudas.

Moisés

El agua fué mi madre verde. La mitra de Osiris peinaba al río, rayaba los lirios. Nilo grande, Nilo verde, una fría vena de sueños.

Coro de hebreos

Dios te corona de lumbré.

El abre dos tallos sobre tu frente.

¿Dónde los himnos, la vara de los lotos? ¿Dónde la sangre negra del guerrero? ¿Quién cortó la cuerda rosa del grito?

Moisés

Dios. El nos mete en los ojos un paisaje gris con arcos. Y por debajo de esos arcos va pasando nuestra vida.

Coro de hebreos

El mar huele a Dios.

Dios nos ha enviado el Ángel de la vida; lo hemos visto parado en el aire, con su manto de pámpanos bordados, vigilando los astros de la tarde. Se unían furiosas las dos bandas del agua, estallando la flora de la espuma. A la sima de los azules, de los verdes, de los negros, caía el guerrero de piel de la tierra de Ajerot, como cabra que resbala a los barrancos. Agua con sol atravesándola, urgente, sonora, en la boca, entre los grandes dientes pajizos y la lengua de toro doblada. Y esa pureza de fanales se aprieta en múltiples, empujados chorros en las blandas columnas de la garganta, de los oídos, y se aprisiona más, llenándose de espadas, buscando el ramo de las entrañas,

Moisés

Yo erigiré tabernáculo al Creador. Yo ví una zarza de rubíes de ascua, incólume. Cielo azul de pita, con tiras rojas de poniente. Lo cruzaba un cuervo de tinta, buscando la carroña húmeda, verde, de los muladares. Resonaba la palabra del Señor entre los humos. Y era su voz hecha de la hermosura de la tormenta y del frescor del loto de los ríos. Yo recogí para el viejo árbol de mi sangre toda la fragancia de esa tarde que se abría desnuda, azul y roja, en los cielos del Horeb, cercanó, tierno, pan todo hecho de piedra de silencio.

Coro de hebreos

Sopló de nuevo ahora el Espíritu del Señor sobre las aguas.

Moisés

El mar nos golpea la cara con su trenza verde.

Coro de hebreos

Loado sea el mar.

FARO SUMERGIDO

PUES Señor, este era un faro...

Por la escalera de su tibio cuello—caracol de yeso—
resbalaban miedos de ahogados, con su vientre de
peces

y sus oscuras cabelleras abiertas como algas,
miedos de tempestad y tarde de gaviotas
podridas entre conchas.

Este era un faro. Un dedo viejo de la costa.

Girasol de sí mismo.

En las noches de calma—cielo todo hecho de paño
y guinda negra—

el faro peinaba cuidadosamente su melena de luz.

En las noches de calma...

En las noches de calma— mar liso: agua de vaso—
era el faro una lámpara de hogar. Sólo era una
lámpara de hogar.

Un golpe azul,

una espada de mar, bíblica,

se lo llevó, bramando, a su entraña,

una tarde de milenarias furias, con lebreles
encendidos,

en que el mar se cubrió de partículas de cristales
negros,

de alfileres de novia

y de madera rosa de niño.

(En la arena con charcos, mutilada, el fresco latido
de una rueda de sangre).

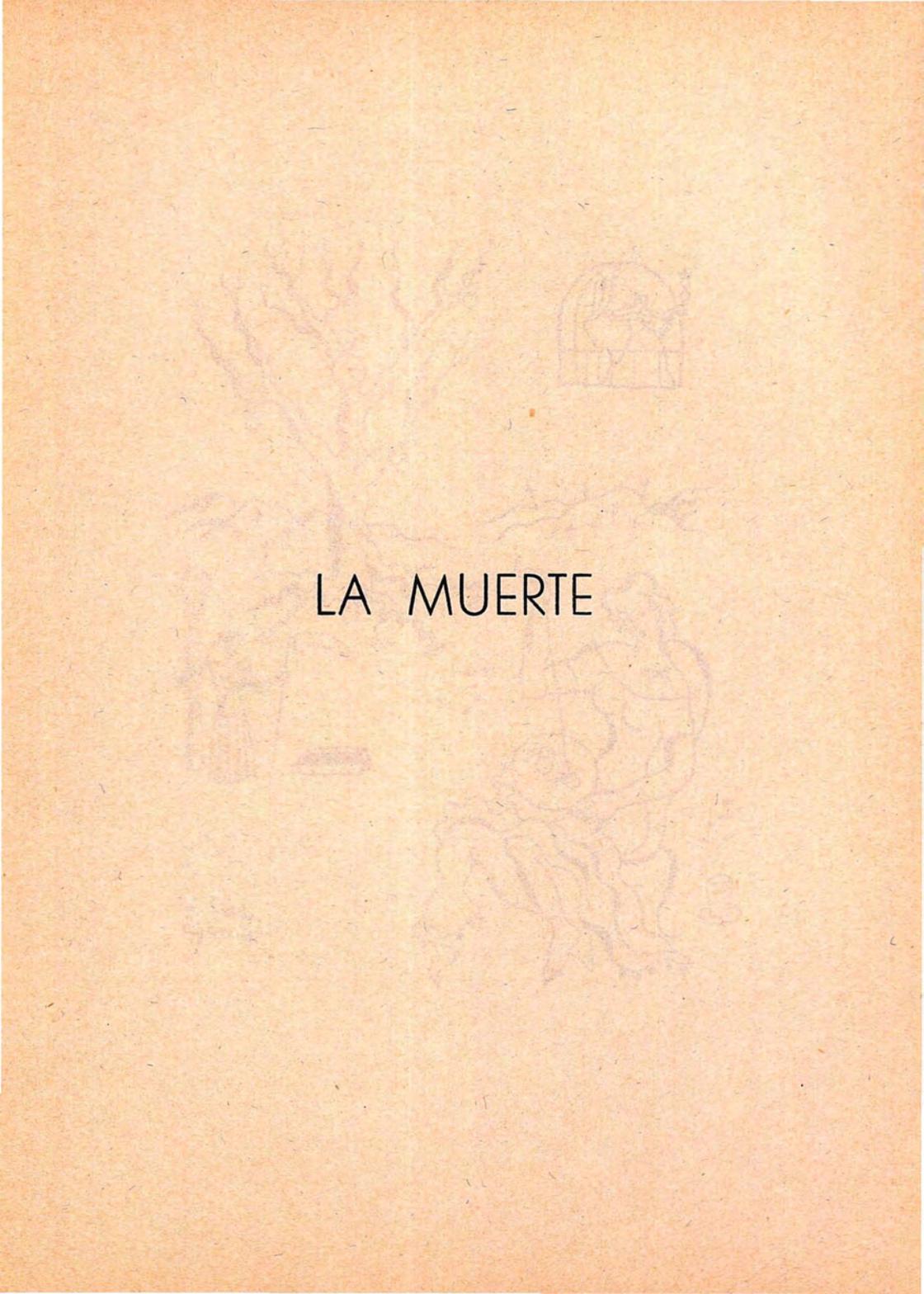
Las noches deshojaron la nostalgia de su ojo
de lumbre

y esa nostalgia tatuó de falsos astros las paredes
de tinta

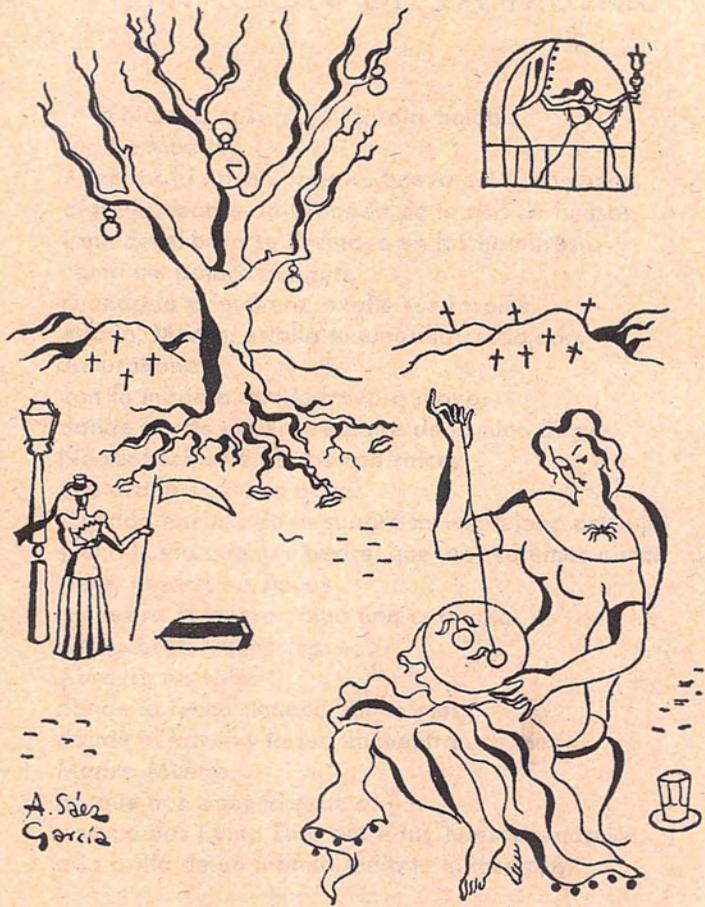
de la noche sin faro.

Ahora, faro de los huertos sin abejas,
dí qué rumbos señalas bajo los cielos invertidos
del agua;
qué rutas de fango con estrellas
marcas hoy.

Donde tu ritmo molió azules,
donde tu pupila puso dos chorros de vías lácteas
en la tormenta,
los viejos zapatos de los carabineros,
los lagartos de aceite y lentejuelas,
tienden hoy su sin razón de polvo o cardo,
Dí en qué raíz de ola marineros sin novia,
sin abril ni mayo, te contemplan,
a qué barco sonámbulo de vidrios,
sin hombres
ni rosa de los vientos,
diriges tu pupila,
tu imposible, ay, fría pupila de santo de urna.

The background of the page features very light, almost invisible pencil sketches. On the left, there is a large, leafy tree. To its right, a smaller tree is visible. In the upper right quadrant, there is a sketch of a building with a prominent arched window. The overall impression is that of a preliminary drawing or a watermark on aged paper.

LA MUERTE



TENTACIÓN DE LA MUERTE

VENGA a nosotros tu jardín helado,
Madre Muerte,
Mientras la noche pone su huevo en tus cuencas,
desgaja, madre, la granada de tu risa de huesos.
Cuando el beso se desmaye en los hombros
como un pájaro antiguo,
cuando la primavera exalte sus rosales,
estalla, Madre, estalla tu amarilla carcajada.
Amurállanos
con la madera donde fracasa mayo;
donde jamás la verde sangre de la luna llegue.
Noche hecha de tierras con raíces
que arañan nuestra boca.
Oyendo encima de la sangre la voz lejana del ruín
y una lluvia que nos pudre, que no veremos nunca.
Abre, Madre, tus hoyos
a nuestra calavera como una caracola
que guarda tus músicas.
Abre, sí, tus salas
donde la fecha detiene sus relojes,
donde el hastío y la sed encuentran su medida.
Madre Muerte,
porque nos traes lo exacto,
porque nos llama Dios entre tus huesos amarillos,
a la orilla de un infinito tedio te invocamos.

TENTACION DE LA MUERTE

PASA LA MUERTE

LAS noches de verano tienen una piel dura de toro:
bajo su vieja orfebrería de astros con insectos
se abre la flor de niebla de la mosquitera.
Las azules mosquiteras de mil novecientos seis,
con su oculto deseo amarillo limón
y sus gruesos matrimonios de la clase media dentro.
En los balcones hay botijos recién estrenados,
rezumantes,
dan a los dedos su frescura color jinjol oscuro,
de hielo barato,
de fuente de aldea de doscientos habitantes.
En los balcones hay anillos aurirrojos de habanos,
entre saliva de maridos;
un niño de jabón o yeso,
una lágrima, mundo ínfimo de cristal.
En los balcones hay sueños con pequeñas lenguas
de pájaro
liadas en un periódico atrasado, con la boda
del Rey.
Las noches de verano son como ruedas de un melón
negrísimo.
Sopor y croar blando, de paños, de la rana en los
pantanos.
Se doblan los jazmines
en el pecho de venillas violetas de la tísica.
Vía láctea y pay-pay. Flauta rubia del grillo.
En la esquina de un horno,
cartel de toros para San Miguel.
Sudor, brillo en los poros de los párpados,
de los hombros redondos como frutos,
de la nuca vellosa de las planchadoras.

A las once hay reunión de solteras.
(No digáis solteronas).
Un denso, cargado jardín de escayola.
Piano. Helado de avellana y pastas «marías».
Desde las torres se ven a las solteras, lejanas bajo
las bombillas,
fingiendo hermosísimos saurios con sus torsos de
tisú de oro.

Soltera jorobada

Dogmaticemos el alma de las cosas con nuestro
verso.
Abrámonos si es preciso las cinco mil raíces,
los cinco mil tubitos rojos de nuestras muñecas.

Soltera rica

¿Se muere también de envidia,
con los ojos agrietados en ríos pintados al óleo?
Esta ciudad huele a muerto reciente.
Detrás de las cortinas del dieciocho,
detrás de las caretas y de los miriñaques manchados
de aceite,
arde la cera de los muertos.
¿Es que se muere por envidia?
Me rebosan de ojos de casada, de niñas ciclistas,
de rameras,
estos zapatos de hebilla, esta medalla
de San Francisco de Asís,
con sus cinco rubíes de los estigmas.

Soltera vieja

Tejo y destejo, Penélope de los jardines de
solteras,
las huellas dactilares de mis dedos.
Dentro de mis yemas,
¿no habrá un galán de lumbre?
Sesenta años deshojando el calendario ¡tan sola!

Abanicos: la Giralda entre rosas.
Japón y marina en añil con gaviotas.
Abanicos en las manos de cuarenta años,
en las manos de cincuenta años,

en las manos de cincuenta y cinco años.
De pronto, deteniendo la risa,
esa risa dura como un ópalo de las solteras,
nace, crece un algodón que tapa el pensamiento.
Escalofrío seco, de carne de tortuga, de nieve vieja.
«No ha sido nada.

Entonemos triunfales nuestro himno.»

Las solteras se esfuerzan en su inventada alegría de
siempre.

Guajira y versos dejando un aliento de píldoras
azules,

y otra vez los leves cuchilitos de la risa sobre el
tisú.

Sin embargo todas saben que entre los inmóviles
rosales

de este denso, cargado jardín de escayola,
misteriosa e inexorablemente,
ha pasado alguien que no se ha visto pasar.

TARJETA POSTAL DEL AMOR Y DE LA MUERTE

VEINTE de marzo. Viento. «Marzo ventoso...» Una tarjeta postal junto al quinqué de vidrio rosa. Una bella, fina tarjeta postal de amor. En su ángulo izquierdo, entre rosas—rosas amarillas, canela, carmín, blancas—vuela una hermosísima paloma—¿tórtola?—en relieve. Sostiene en su pico una cinta malva con un delicado, ideal texto en pro: «De Arturo a Pepita». El amor. Un invisible correo de mieles circula entre los dos nombres. Amor. De las cortinas del novecientos diez, con borlas, de las solapas de los notarios, de los radios de las bicicletas, de los senos cerrados de los maniqués, cuelgan letreros en oro: «Amor». El amor de Arturo y Pepita. Amor niño de la tarjeta postal. Cupido—rosas y blancos—que enmarcado por la cinta malva que sostiene la paloma—¿tórtola?—traspasa con su flecha los dos corazones—el de él, el de ella—, que no por diminutos dejan de ser protagonistas de esta bella y fina tarjeta postal de amor.

Corazón de él

Hay que saber la hora que es. Siempre, amor, hay que saber la hora que es.

Corazón de ella

En estas ciudades provincianas con sus urnas de camelias, sus procesiones de mujeres gordas de cera y sus boticas grandes y heladas como navíos, nunca coinciden los relojes. El Ayuntamiento dió las diez. Hay una hora—acaso la mejor—que nos roba el tigre de la noche, los serenos viudos o la fría magnolia de la luna. Ay la luna, tan humana, tan mujer de su cielo. Por la madrugada viene alguien que la parte en tajadas de hielo azul.

Corazón de él

Hay que saber la hora que es, sí. Las madres-cancerberos se despiertan de pronto y el amor recibe el húmedo sobresalto de un inmenso ojo de cíclope que penetra en la cintura redonda del novio. Entonces los amantes se visten de luto y levantan los visillos para ver

las rodillas de los niños que se caen y las larguísimas melenas de las solteras que pasan en sus féretros de cobre.

Corazón de ella

Has nombrado la muerte. Y un terror metálico y vertical ha atravesado mi espalda de azucena y anís. He visto nuestros hijos muertos sin nacer en medio de la plaza de la catedral, blancos y rodeados de aves inmóviles, heridas por mis agujas de doncella.

Corazón de él

Nuestros hijos serán fuertes. Y jugarán en esa plaza vestidos de marinero, bajo las acacias y los pichones bordados en el cañamazo de las tres y las cuatro. ¡Qué importará ese día que nos roben una hora!

Corazón de ella

Sí, pero hasta en las canciones existe un oculto mandato de la muerte. El conde Laurel ¿no está callado para siempre, lívido, tendido entre blandones y lirios de paño? Mambrú se fué a la guerra. Y pasa la falsa alegría de las *madamas* enharinadas del martes de carnaval. Y llega Pascua Florida, delgada, tierna como un hojaldre. Y Mambrú no vuelve; no volverá nunca porque está muerto en su tumba de vidrios de hielo. Y las calles de Madrid huelen a aceite de difuntos; por ellas pasan cuatro duques sosteniendo a la reina Mercedes, muerta con sus zapatos negros de charol.

Corazón de él

Nos iremos de aquí. Nos iremos a una ciudad sin lluvia y sin recuerdos. Al sudeste ancho, claro como un junio de pequeños albaricokes. Quemaremos mi corbata de notario. Estaremos siempre mirando al mar y a los barcos que se llevan el saludo de los pañuelos marcados con hilos violetas. Comiendo uva verde junto al aljibe les diremos adiós a los viajeros que van a Italia a besar el anillo viejo del Papa.

Corazón de ella

Ay, se está levantando un airecillo fino, de tallos rotos.

Corazón de él

Lloverá esta Semana Santa.

Corazón de ella

Y se mojará el manto de jazmines de plata de la Soledad.

Corazón de él

Te amo.

Corazón de ella

Eso lo dice la tarjeta del año pasado. Es un paisaje de Venecia. Góndola y laúd. Un crepúsculo de oros. ¡Qué día de San José tan feliz, tan color madera! Yo estrenaba un traje bordado de ruiseñores y cuernecillos de la abundancia. Me miraba en mi espejo de copete negro, lleno de alhelios y de día de San José, Me llegó entonces tu tarjeta, y me pinché en la yema de mi meñique izquierdo. ¡Qué caminos de azogue y boj recorren los nervios el día de San José! Mis amigas enseñaban los tobillos y cantaban habaneras:

«Estando una mañanita
regando su guayabar,
una linda mulatita...»

Y luego:

«Blanca paloma
que en blando nido
cantas *currucucú*.»

Me traían ramos y piononos.

Corazon de él

Tu rojo palidece. Acércate a mí Yo te defenderé, amor.

Corazón de ella

...Amor. (como un eco).

Pasa un mal viento. Revuelo de encajes, de sedas oscuras. Se ha oído el plañir del pavo real que está suelto en el patio de las Clarisas. Baila en el aire el humo de la mariposa de la consola con su lienzo de San Bartolomé. Cielos de tormenta sobre la piel desgarrada, viva. Olor de manzanas mordidas, de hombros cuarteados. ¿Y ese vals triste que suena? ¿Quién toca el piano detrás de los biombos japoneses con su nieve rosa de almendros y pagodas? ¿Quién pasa las páginas de «Blanco y Negro»? ¡Ay «Blanco y Negro» del novecientos diez, prisionero en las algas de sus orlas! En su sangre de papel couché, obispos y toreros. Olas reales de Santander, aun sin «la Magdalena», en construcción, con el pan azul de la luna que le entra por los huecos, con olor a yeso. Actrices gruesas y otoño con crímenes, y bodas en la Concepción con candelabros eléctricos. Juegos florales. Los reyes en su auto, charol escarlata, camino de la Granja.

Y viento. Más viento. El viento siempre busca una caracola antigua

donde meterse, un bosque de labios, un corazón como un jardín de sangre —un pescado granate—. El viento, el viento.

¿Y la tarjeta postal? ¿Y la bella y fina tarjeta postal de amor? ¿Dónde va suspendida un momento en su vuelo loco, sin razón, al borde del balcón abierto a la noche bramadora, a la noche de las estrellas apagadas, de los caracoles pisados, de la cita con la impúdica? Por el aire cuadrado pasan programas de circo, serpentinas incoloras y pequeñas ramas de eucalipto verde. Un vaho de frío de escarcha, de sótanos y de boca de anciano envuelve a la hermosa paloma—¿tortola?—del amor. (Bajo los faroles de gas alguien ha puesto diminutos ataudes forrados de tela roja). Oscila la tarjeta. Hacia el suelo reluciente. Rumbo al charco tibio, rubio, que hace el perro en la esquina de la terrena. Un inesperado brío del viento malo la remonta, súbita al aire alto de los vencejos ciegos y las cúpulas de purpura. Más arriba aún. (Funerales en Santa María. Nadie sabe por quién). Más arriba. (Ya no se oye el doblar de las campanas). Y desaparece en lo negro.

LA NOVIA DEL MINERO

ABRIL. Viejo toro de dalias.

Panal dorado de la tarde.

(Un vaso recoge el cielo
en su rueda de agua).

Aguja y mantel.

La novia borda naranjas,
y los caballos negros
pasan

por el cielo de los tinteros,

por un bosque rosa de geranios,

por la arena blanca

sin huellas del presagio,

mientras la novia borda y elige tonos
verdes

para la hoja de la naranja.

Los caballos sueltan su vaho rosado

de tábano y baba

para el susto de las novias.

Blancas cortinas se mueven en lo negro.

Hay sal derramada

detrás de cada idea,

y de las grandes guitarras

se desborda un aceite

verde de lámpara.

Pero sigue la novia bordando,

oyéndose los pulsos,

la alegría del hijo no engendrado.

Y el agua

del vaso, con la tarde dentro,

tiembla desnuda, helada,

mientras los negros caballos de la muerte

pasan.

GUTIERREZ SOLANA

HA pasado un entierro.
Sobre un fondo de cortinas rojas manchadas
de sangre
ha pasado un entierro.
Ha pasado un entierro a las 5'15 de la tarde,
por un largo camino de esqueletos de toro,
por una vitrina con bisturíes,
por la botella de vino tinto de las porterías,
por la sangre de una rana,
por el vientre redondo de la peinadora.
Ha pasado un entierro.
Sin gente.
Sin gente porque la gente ya no existe:
la gente está dentro de un gusano hueco,
de un infinito gusano:
un latido le circula a lo largo
como una blandísima, exacta gota de vida.
Sí, la gente está dentro de un gusano,
dentro de ella misma, abono de un prado de
margaritas,
donde Dios va a decir: «Hagamos el hombre nuevo».

Ha pasado un entierro.
Sin gente.
Sólo hay máscaras pintadas de yeso y almagra,
en carros, en portones encharcados.
Sólo hay camisetas con mugre sobre viejas costras,
sobre una herida de uña,
sobre un torso de cartón
donde se derrama una cabellera alquilada.
Sólo hay limones por senos, mueca por sonrisa.
Las máscaras.
Las máscaras bailan en el plenilunio del
Manzanares,

lleno de algodón, de zapatos de soltero, de rositas
de papel
y de fresquísimos intestinos de un perro,
con un tinte fuertemente rosado.

Las máscaras gritan: «Quisieron segarnos de la
sangre

el Domingo de moscas de los sin sexo,
el Lunes de los miriñaques de lentejuelas, de los
encapuchados;

el Martes de las sábanas con manchas.

Nuestro reino.

¿Quién puede suprimir, meter en una sombrerera
la fría melena de la lluvia?

¿Se puede impedir la llama oscura de la sed,
la sogá de los miedos, la casa con espejos de la
prostituta?»

Y una victoriosa carcajada nítida
se queda, vacilante, colgando de las negras
barandas de los balcones,
de las bombillas de las funerarias,
de las acacias nevadas de huesecitos de paloma.

Las máscaras.

El triunfo de febrero. Siempre las máscaras.

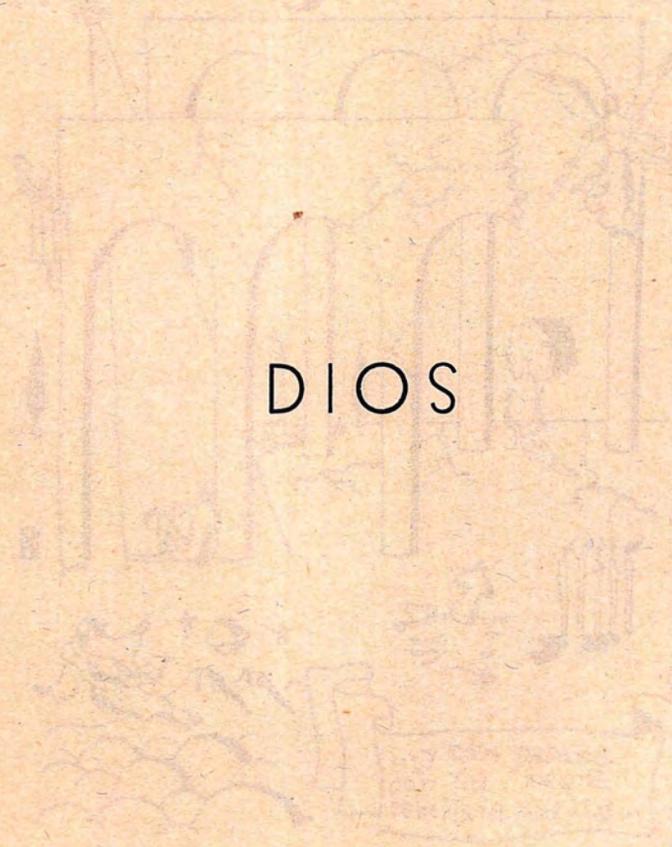
Ha pasado un entierro.

Sin gente.

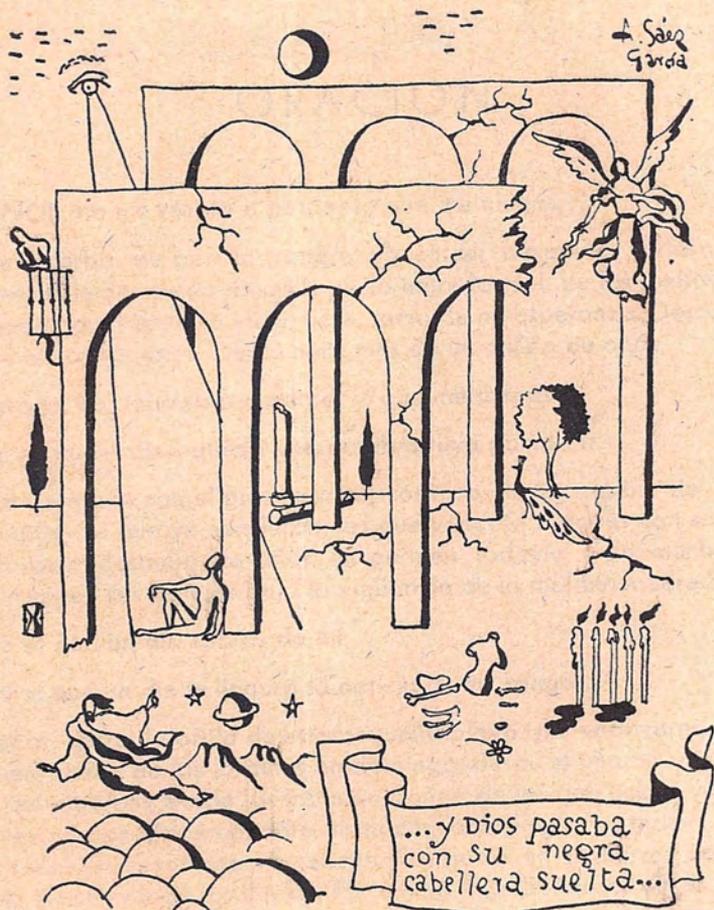
Sólo máscaras.

Un chorro caliente de máscaras.

Un verde vómito de máscaras.



DIOS



ORACION

SEÑOR, no me resisto a perder lo que me niegas.

Me escarba, me pisa la sangre un corcel desatado, furioso. Sus enormes dientes, de un amarillo sucio entre lo rosa de los belfos, van royendo, pudriendo la vieja, acre rama de mi esperanza. Desde hace un millón de años. Desde hace más de un millón de años.

Pero yo no me resisto a perder lo que me niegas.

Yo sé que—aun—queda una palabra tuya por decir.

Clamaré a Tí con el grito infinito, cósmico, de los siglos, de todos los siglos: los que ya existieron, los que vendrán después con su olor de corazón desnudo, de niños en germen todavía y de muchachas que rompen sus espejos bajo la vigilancia de la maldita madre Tierra.

Yo sé que un día sabrás de mí.

Yo sé que un día te llegará la noticia de mi sangre.

Señor, desde la orilla de esta pequeña playa de cadáveres, desde la vieja saliva de los jardines en domingo, desde el charco con moscas del suburbio, desde los instintos, Señor, de los que beben vino en vidrios gordos blasfemándote, yo te convoco: Siento un terror íntimo por todas las cosas que me rodean. Soy tierra en la tierra. Pozo sin agua, y necesito de tus lluvias. Por última vez: libértame de los hilos que tiran de mis dedos, del techo bajo que me cubre. Suéltame. Libres, por fin, Señor, libre, sobre los campos y las aguas mis huesos de hombre.

EN LO INEVITABLE

EN lo inevitable
siempre hay una llama,
una diminuta gota de lumbre
que Dios enciende entre las dalias
de nuestra sangre.
Un grano de esperanza
que nos circula debajo de la piel.
Lo irremediable:

Como una vieja caña
se va a quebrar nuestro mejor deseo,
y se nos muere, rojo, un hijo entre las sábanas.
Mas sabemos que una sola palabra de Dios
puede nevar al sol, parar de pronto los gajos de
la entraña
y en los senos cegados de la estéril
abrir cien surtidores de diamelas blancas.

La Madre

¡Ay qué camelia de plomo
me está naciendo en la espalda!
¡Ay qué navajas me raspan las encías!
Existe un millón de bocas enfriadas
llenas de arena y de pequeños algodones con lluvia.
Un millón de bocas y una misma palabra:
«Se muere. Se muere. Se muere».
Las madrugadas
son perros que mojan las sienes de mi hijo,
un ramito de nieve con llagas
en medio de una mesa—abril de níquel
y de vendas—donde mis tres hermanas
preparan el pañuelo dorado de todos mis muertos.

¡Y ahora el muerto será mi hijo!

Y esos fantasmas
que son los cirujanos se quitan los sudarios
y me sonrén diciendo: «Hasta mañana»,
camino de un cine con espejos, con sus hijos, gordos,
de la mano.

Y yo me pongo mi abrigo de lana
azul, que tintaré de negro, y clamo entre mis hielos:
«Señor, si Tú quieres me los salvas.

El mundo balón a rayas para mi hijo,
conmigo en un jardín de azúcar y granadas.
Si Tú quieres, Señor. ¡Cómo entonces nos reiremos,
los dos, de esos fantasmas
que son los cirujanos, espantapájaros de los niños,
albañiles de la muerte, con sus batas blancas».

Abraham

Acércate, mi hijo Isaac.
El fuego buscá en tu cara
los veinticinco dátiles frescos de tus años.
Deja que en mis barbas
se abra la luna fría del cuchillo
que pide cuajo y flor de tus entrañas.
No temas. Deja arder
la retama.

¿Isaac no es el nombre de *sonrisa*?
Que sonriendo se cubrieron de guirnaldas
de coral y espesa espuma
los pechos sequísimos de Sara
cuando supo que dentro de su vientre
se iba a abrir la naranja
de sangre de su hijo.

Deja que arda
el fuego. Dobla el tallo de tu cuello
sobre la piedra helada.
Con la esperanza de que Dios la detenga,
levanto mi hacha.

Cristo en el Huerto de las Olivas

(Uñas y agujas
rayan los oídos de Cristo. Amargas
olivas ruedan por un plano infinito

bajo la luna de aceite de Nisán.

Nácar,

soga y ojeras.

En las torres cuadradas

el viento mueve los blanquísimos paños

de las arañas

y descubre un nocturno

de mujeres degolladas).

¡Padre mío!

Padre. Y esa palabra

nos estira la boca y nos la deja llena

de cristales de granadas

y de partículas de madera de sangre

recien cortada.

Todo empieza a cumplirse, Padre mío.

Una duda de siglos me desata

los hilos de mi piel morena de hombre.

¿Yerma se hará la angustia de mi alma?

Sobre la tierra con la escarcha de mi sangre,

¿sólo florecerá la raza

de lo impuro, la casta negra de Caín,

con su hedor de huesos y de lágrimas?

Apártame esta copa.

Párame la hoz que raja

el jacinto redondo

de mi garganta.

Tengo miedo

de todo y de nada.

Treinta y tres años buscando este minuto con luna

para esperar ahora una lejana

voz de lo Eterno que me diga:

«Si apenas será nada».

El paralítico

«...clamó con voz poderosa: ¡Lázaro,
ven fuera! Y al punto, el que estaba
muerto salió atado de pies y manos
con vendas...»

SAN JUAN

Has venido con polvo de distancias, entre

grito y paloma,

de lunas coronada,

Virgen de madera,
de purpurina y de alma.
Un día, tú lo sabes, yo corrí con el corzo
por un prado
de girasoles y de novios, y moreno pez sin
branquias,
fuí nadando el amigo de las olas,
con sus cinturas rosas de muchacha.
Pero ahora me han traído a esta plaza grande
y nauseabunda
de algodón y de baba.
Contigo. Tú y yo. Y todos los llagados, los
inmundos
de rosadas costras, y las tísicas, leves, con
sus bocas maquilladas.
Y detrás de esas podridas fauces,
de esa imponente bola de vendas blancas
como un planeta triste, está la rueda de los sanos
con sus músculos duros, sus queridas y sus relojes
de plata,
marcándoles una cita. Y yo aquí, para siempre atado
a este ridículo carro de níquel, en medio de
una plaza
donde la gente espera un viento de sangre y de
Biblia.
«¡Milagro, milagro!» gritarán cien mil gargantas.
¿Ese milagro será el mío
o volverán a llevarme a mi casa,
con sus viejas bombillas,
sus alcobas de papel con ramos y sus cromos de
muchachas?
Desde mis huesos doblados
y la gota más amarga
del huerto, ya roto, de mi sangre,
Virgen de madera, de purpurina y de alma,
desde los *nuncas* y los *noes*,
desde el sitio que aún puro haya en mi alma,
nuevo Lázaro con mi muerte sin sepulcro,
iyo espero tu palabra!

II

HAY hombres gordos vestidos de marrón
y mujeres haciendo ganchillo, con gafas.
Existe una falsa felicidad de gentes incoloras
que escupen en los jardines y se miran la corbata,
la punta con estiércol de un zapato,
diciendo «Buenas tardes». Y un día encargan
cien sobres de luto por el padre, y se les quema
su almacén en la fragancia
de una noche con jazmines.

Y ellos cruzan, terribles,

sus brazos.

Y si el hijo se les muere lentamente en la cama
con su colcha granate
y su almohada
con peces de fiebre y coronas
de papel de plata,
esos hombres oyen un pequeño tren de madera
que no vuelve, con un brazo
de guadaña y hueso asomado a la niebla de la
madrugada.

Y piensan: «No hay salvación».

No cultivaron nunca ese grano de esperanza
que Dios pone debajo de la piel:
dentro del alma.

«Lo que ha de venir viene. Y nada más».

Apenas pueden decir «Somos desdichadas»,
sacudiéndose de la nuca

el caracol sin cáscara
de su infelicidad. Porque no saben
que una sola palabra
de Dios

puede nevar al sol, parar de pronto los gajos
de la entraña

y en los senos cegados de la estéril
abrir cien surtidores de diamelas blancas.

DIOS ME PERDONE

DIOS me perdone el infinito hastío de los lunes,
esas largas, interminables cobras amarillas
que silenciosamente, irresponsablemente
nos van royendo las yemas de los dedos,
nuestro traje de rayas,
la fibra más perfecta de nuestro corazón.
Yo detesto
a los que venden gorros azules, pajizos, rojos, de
papel,
en los días de festejos;
a los niños prodigios con su sonrisa de huesos de
hombre,
a esos amigos que nos cuentan la película
de su domingo triste.
Dios me perdone, sí, este odio
secreto y sin porqué, invencible,
a esas flores de tela sobre la consola,
a esos libros sobados—catedrales del número—de
contabilidad,
a esos pecados a medio asar, aun con sangre,
a esa lámpara del comedor forrada de tarlatana
celeste,
a esas desvaídas, nebulosas ampliaciones
fotográficas
de los muertos, presidiendo la sala enfundada de
las visitas;
a esa hora con saliva de la rebotica o el casino.

Y esta aversión mía, inevitable,
a los que escriben *versos* confundiendo el corazón
(novio de diecisiete a veintiseis) con la poesía,
esta aversión a los chistosos,
con la larga, inagotable serpentina carmín de su
risa,
al bicarbonato,—nieve sin cielo—
a la imagenería religiosa—miel y azúcar—en serie,
a los que nos dicen sonriendo: «Qué bien
te conservas»,
Dios me la perdone.

HE DE AMAR

PORQUE he de amar, Señor, lo inmundo, lo
pequeño.

Todo lo ruín, lo amargo.

Lo hermoso ya tiene su corte de prohijados,
su cerco ilimitado de gente dominguera, libre,
con sus planchados trajes,
bajo un cielo de madera añil pintado de planetas.

Su verbo se pierde en un camino de larvas que roen
la luna,

en un camino de huellas de auto,

de huellas de su propio cerebro como un helado
aceite verde.

Los felices.

Rechazan un paisaje, una criada, un torero cereza y
plata.

«Esto no es hermoso».

Y muestran su dentadura, de animal joven, hojeando
una revista

con bodegón y modas.

El bien.

Y detrás...

No, no perderán su clima.

Ellos jamás traspasan el más allá de su escenario.

Alfas y omegas de sí mismos.

Su sonrisa. Su bostezo, su bostezo suavísimo de
musgo,

de selva apagada,

de silbido de locomotora provinciana,

de música de un disco rayado quizás.

Pero existe una calle de pescados viejos y cortezas
de naranja,

con vientres oscuros de niña

Existen fondas húmedas con muchachas de cintura
con hielo,
y jueves de la visita, sin nadie, del hospital,
con camas altas y el olor de los otros, otras muertes
de sangre vieja en zafas apretada;
niños que se fingen hombres,
un grito agrio, contenido
como la pulpa azul de un fruto debajo de su piel,
y un pájaro muerto, con hormigas,
entre cortinas de un rojo violento,
y la soltera, vieja, obstinada, bordando sábanas
grandes
que gastará ella sola.
Y sin embargo Dios está en eso
como está en la fresca manzana de mayo,
en la belleza de la estatua,
del viejo caballo de la tempestad, en la noche;
de la liturgia recargada de la catedral.

Sí, más allá de los versos amables, de los
escaparates,
de los parques regados, con novios—cementeros del
amor—,
de las exposiciones de pintura heladas como un
almacén de plátanos,
como un inmenso pez de cemento,
con retratos de comerciantes y cuadritos de verdura;
de los domingos de cine y excursión,
yo amaré lo negro, lo ínfimo.
Como amo esta tibia podredumbre de mi cuerpo
—esta arcilla agrietada,
este antiguo racimo de cal, sobre un liso amarillo
de arena con lagartos,
contra un campo roto de columnas—.
Mientras los pájaros atrasan
los relojes de los felices.
Mientras los felices esperan una fecha, las dos de la
tarde,
y abren la fría guinda de su bostezo.
¿Acaso saben ellos de la luna
encendiendo los dientes exactos de aquel perro

podrido en el muladar;
de la llama de hielo, incólume, de pureza,
en el verde corazón rajado del costroso;
de este futuro mío, de este glorioso futuro
de mi carne
que abono de algún huerto con mármoles y lluvia
se hará rosas?...

CREACION

EN el principio nada era. Y Dios cruzaba la nada
con su negra cabellera suelta,
uno y múltiple,
aun en la boca el gajo de la primera palabra
no dicha.

Pero vino incolora, tierna, sin medida,
la semilla-madre del cosmos.
Y vió Dios que era buena la luz
y buena el agua.

Dios se miraba sus delgados dedos mojados de
azul.

Dios pasaba con su manojo de arcoiris
por un triste suelo de tormentas,
por un prado infinito, hirviente de burbujas.
Cerrada la noche el rostro gigantesco de Dios
se incendiaba del reflejo de las lavas rosadas,
las que cuájan el corazón inmóvil de los astros
con su blanda piel de fruta o ave,
y en esa corteza se les marca
las huellas de los dedos del Creador.

Siglos. Racimos como frutos
de siglos.

Y la primera célula sensitiva.

Luego,

a la orilla de un río—verde carne del helecho,
llama redonda de la cereza, entre hongo y laurel—
el león miraba
los dientes con hierba del hermano cordero.

Cuando el mundo dió su olor último de rosas
escarlatas,
Dios preparó una caja de mojada arcilla, al fin.

Y el hombre nació a la tierra.
En la pella de la sangre, la primera idea.
Y en los ojos—telos rosas—un paisaje con lagos
y jirafas
mordiendo la luna de los charcos.
Triunfal y fúlgido.
Gozos de la sangre, nueva en sus caminos de los
pulsos.
Emoción primera de los sentidos, como un ramo
recién cortado,
del olor de las manos de Dios, en el fresquísimo
torso todavía.
El hombre.
Y un viento negro lo rondaba.

Viejecita de la rueca

Viejecita con sartén

Viejecita de la rueca

Viejecita con sartén

Viejecita de la rueca

Viejecita con sartén

ESCENA DE BELEN

BELEN. Río de lentejuelas. Luna de papel de plata. Por estrellas, mariposas. Alfileres helados las prenden a un cartón pintado de azul Prusia con ráfagas de plomo, de tormenta. Entre los pinos un Liliput de yeso; debajo de una bombilla encendida se duerme Herodes, con sus antiguas, enfermas entrañas verdes ¿Qué niños sin cabeza danzarán en la viña de su sueño? ¿Qué periódico envolverá su corazón podrido, en rajadas? Fñroles. Brisa del sur. Una mosca se pára en el cuerno más fino de la luna. Música de violín.

Viejecita de la rueca

Buenas tardes, amiga.

Viejecita con sartén

¿Has hilado mucho, viejecita de la rueca?

Viejecita de la rueca

Apenas puedo hilar. Soy uva pasada y mis manos zozobran como ramas de un árbol cargado de planetas de barro.

Viejecita con sartén

A mi me falta el brazo izquierdo. Se me rompió el año pasado cuando sopló el señor Enero, con su gabán nevado de ácido bórico. Mi brazo se cayó al río que era de plata. ¡Mi pobre brazo naranja y negro! Quedó flotando en la corriente mientras los niños comían pequeñas cucharadas de luna, riéndose...

Viejecita de la rueca

Se oyen pasos de seda...

Viejecita con sartén

Viene un olor de rosas...

Viejecita de la rueca

Sí, pero yo hila que hila. Para siempre jamás.

Viejecita con sartén

Yo a mover las gachas. Por todos los siglos. Con mi único brazo naranja y negro.

(Pasan San José y la Virgen. San José lleva una capa de raso violeta con puntillas y la Virgen un corpiño de azabaches. Un silencio total).

Posadero

¡Ay qué duende de nieve sobre mi manta a cuadros! ¡Ay qué mirlos me apagan el candil! No hay posada esta noche.

(La Virgen y San José se cobijan en el establo. Ruinas de columnas. Grandes cortinas granas).

(Comienzan a dar las doce. Pájaros de azúcar y piñones inician su vuelo sobre Belén. Se ha desprendido el hilo de coser del que pendía la Estrella de los Magos, que cae, despacio, al río, y el río se incendia de azul. Se presiente algo tremendo).

Viejecita de la rueca

Siento nuevas fuerzas para hilar. ¡Mira mi brazo cómo gira!

Viejecita con sartén

¡Ay mi brazo naranja y negro! Tan triste siempre yo, y—¿ves?—me río, me río... ¿Qué pasará?

(Aparición del Angel de la Anunciación sobre un fondo de plata: corona de alambre, túnica azul cobalto con ramos de jacintos. Los pastores de Belén se despiertan. Quedan mirándolo traspasados de una luz infinita).

Angel

(Con una dicción purísima. Sencillamente).

Ha nacido el Señor.

(Una algarabía de panderos con lazos rojos, de tambores, de castañuelas, rompe la noche en tres pedazos—tres espejos con estrellas. Son los niños del mundo. Todos los niños del mundo).

INDICE



EL AMOR

	<u>Página</u>
Hoy sin tí	13
Romancillo del mal deseo	15
Anunciación del amor	17
Los dulces y las novias	18
Malcasada	23
Fecha	24
Amor 1933	26
«Doña Punita».	27
Bianco	29
Amor 1840	30

EL MAR

El mar	37
Vida de la caracola	39
Había un camino	44
Nube de verano	46
Moisés	47
Faro sumergido	49

LA MUERTE

Tentación de la muerte	55
Pasa la muerte	56
Tarjeta postal del amor y de la muerte.	59
La novia del minero	63
Gutiérrez Solana	64

DIOS

Oración	71
En lo inevitable	72
Dios me perdone	77
He de amar	79
Creación	82
Escena de Belén	84

Este libro se acabó de imprimir el día
14 de enero de 1950, en los
TALLERES GÓMEZ
de Cartagena

COLECCION ALMA

Volumen primero:

4 ESQUINAS

de

ASCENSIO SAEZ GARCIA

Próximo volumen:

ORIGINAL

de

MARIA CEGARRA SALCEDO

EDITORIAL LEVANTE

Bailén, 10

LA UNION (Murcia)



20 Ptas.